

LO QUE HACE FELICES A LAS MUJERES

de

Víctor Vegas © 2010

Web del autor: <http://victorvegas.com/>

Obra para 3 actrices

Copyright © 2010

ADVERTENCIA:

Los derechos de esta obra están protegidos por las leyes de propiedad intelectual en todo el mundo. Todos los derechos para su puesta en escena en teatro, radio, cine, televisión o lectura pública están reservados tanto para compañías profesionales como aficionadas. Los derechos y permisos deben obtenerse a través de:

SGAE / Sociedad General de Autores y Editores
Departamento de Dramáticos
c/Fernando VI, 4. (28004). Madrid, España.
Tel: (+34-91) 3499550
Fax: (+34-91) 3102120
Web: <http://www.sgae.es/>
E-mail: palvarez1@sgae.es
E-mail: vsvegas@gmail.com

R11-1222

Octubre, 2010

*Lo que hace felices a las mujeres es
un enigma tan antiguo como la esfinge.*

J. M. Coetzee

PERSONAJES

VICTORIA, 32 años.

ISABEL, 42 años.

ALEJANDRA, 26 años.

1

Salón-comedor de apartamento.

Victoria, desde la puerta de entrada, despide al último grupo de amigas que se marcha luego de haber asistido a su despedida de soltera.

El salón-comedor está hecho un desastre, un caos: vasos, botellas, restos de comida y, por supuesto, decoración diversa, globos y "juguetitos" alusivos a la celebración que acaba de finalizar.

VICTORIA: ¡Adiós, chicas! ¡Gracias por venir!

Al darse vuelta, contempla por un rato el desorden de la habitación.

VICTORIA: ¡Uf! Tengo que arreglar un poco esto.

*Y se pone manos a la obra.
Entra Isabel.
Está algo ebria y descompuesta.*

ISABEL: ¿Y tus amigas?

VICTORIA: Justo acabo de despedir al grupito que quedaba.

ISABEL: ¿Se han marchado todas?

VICTORIA: Sí. ¿Y tú dónde te habías metido?

ISABEL: Estaba en el baño.

VICTORIA: ¿Todo este tiempo?

ISABEL: *(Melodramática.)* Ni te imaginas la aterradora experiencia que he vivido en ese lugar.

VICTORIA: ¿Qué te pasó?

ISABEL: ¡Horripilante! De veras. Te lo juro. No se la desearía ni a mi peor enemiga.

VICTORIA: Pero ¿qué es lo que te ha pasado?

ISABEL: Pues verás, apenas entré y encendí la luz, vi cómo la bañera, el bidet, el lavamanos y hasta la

taza del váter me rodeaban y giraban a mí alrededor de forma amenazadora...

VICTORIA: (Ríe.) ¡¿Cómo?!

ISABEL: No te rías. No te rías, Victoria, que esto va muy en serio.

VICTORIA: Perdona. No he podido evitarlo... Continúa, por favor.

ISABEL: Antes de decidirme ir al baño me había sentido full mareada, ¿sabes?

VICTORIA: Ajá.

ISABEL: Hubo un momento en que no aguanté más y tuve que ir a vomitar.

VICTORIA: No me extraña en lo absoluto, amiga. Se te ha pasado la mano con la bebida.

ISABEL: ¡Nada de la bebida!

VICTORIA: (Irónica.) ¿Ah, no? Y entonces ¿qué sería lo que te ha caído mal?

ISABEL: Creo que han sido los pasapalos.

VICTORIA: ¿Los pasapalos?

ISABEL: Particularmente los que ha traído una de tus amigas. La pequeñita, regordeta, con ojos saltones y lengua viperina... ¿Cómo se llama?

VICTORIA: ¿Trinidad?

ISABEL: Exacto. Esa misma. Trinidad. Te aseguro que fueron sus pasapalos los que me han sentado mal.

VICTORIA: ¿Y eso por qué?

ISABEL: Es que no tenían ni buen aspecto ni buen sabor.

VICTORIA: Pero si no paraste de comerlos durante la velada.

ISABEL: Porque nadie más los quiso.

- VICTORIA: ¡Y por eso te los zampaste!
- ISABEL: Todas tus amigas les sacaron el culo. ¿No te diste cuenta? ¡Hasta tú misma! Yo fui la única valiente que se atrevió a probarlos y la única que al final acabó sacrificándose. Sabes que detesto que se desperdicie la comida, con tanta hambre que hay por ahí rodando por el mundo... Según cifras de la FAO, la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y...
- VICTORIA: (*Interrumpiéndola.*) Okey, okey. No te me vayas a poner intensa ahora, ¿vale? Por favor continúa con tu historia del baño.
- ISABEL: ¿Mi historia del baño?
- VICTORIA: La del bidet y la bañera voladora.
- ISABEL: ¿Qué bidet y qué bañera voladora?
- VICTORIA: Bueno, los objetos del cuarto de baño que hace un rato giraban a tu alrededor en actitud amenazante...
- ISABEL: ¡Ah, sí, sí! Por supuesto. Perdona. Te contaba que había ido al baño porque me urgía vomitar.
- VICTORIA: Ajá.
- ISABEL: Y que una vez dentro, todo empezó a dar vueltas a mí alrededor.
- VICTORIA: Exacto.
- ISABEL: Pues bien, tenía unas arcadas horribles, pero el condenado váter no se quedaba tranquilo en un mismo sitio.
- VICTORIA: (*Escandalizada.*) Isabel, ¿no habrás...?
- ISABEL: ¡Ya va! ¡Ya va! Un segundo. No te adelantes. Deja que termine de contarte.
- VICTORIA: Okey.
- ISABEL: Allí estaba yo, parada en el centro del cuarto de baño, en el centro de aquel tornado de objetos sanitarios, blancos y relucientes, girando a mí

alrededor con actitud agresiva... Y yo con los nervios de punta y unas ganas terribles de vomitar... Entonces le apunté a la taza del váter y disparé, con tan mala suerte, que en lugar de al váter le he atinado al lavamanos...

VICTORIA: ¡Dios santo!

ISABEL: Pero la historia no acaba allí.

VICTORIA: ¡¿Ah, no?!

ISABEL: No, no, no... Porque las arcadas continuaban... ¿Si me entiendes? Así que me concentré y traté de afinar la puntería y fui con la segunda descarga...

VICTORIA: ¿Y?

ISABEL: Le atiné al bidet.

VICTORIA: ¡Qué asco!

ISABEL: De pronto me puse a reflexionar un poco sobre mi situación, y en mi tercer intento, decidí apuntarle al bidet a ver si de ese modo le atinaba al condenado váter volador.

VICTORIA: ¿Y qué? ¿Lo conseguiste?

ISABEL: Esta vez me cargué la bañera.

VICTORIA: ¡Aaarrrrggghhh! ¡Isabel!

ISABEL: Pero como soy una mujer perseverante, de las que nunca, nunca se dan por vencidas con facilidad...

VICTORIA: ¿Qué hiciste?

ISABEL: Esta vez le apunté a la bañera y por fin le atiné al puto váter.

VICTORIA: Gracias a Dios. Por un momento creí que dirías que habías vomitado sobre las toallas limpias que tenemos dobladas en la repisa del baño.

ISABEL: ¡Nooooo! ¿Cómo se te ocurre?

VICTORIA: Menos mal.

ISABEL: (Avergonzada.) Pero tuve que usar esas toallas para limpiar todo aquel desastre.

VICTORIA: ¡Isabel!

ISABEL: ¿Qué querías que hiciera? Fue mi primer impulso; un acto reflejo. Y era lo más a mano que encontré... ¿O preferías que saliera del baño dejándolo hecho un desastre? ¿Qué hubiera pensado una de tus amigas si justo después de aquello hubiera entrado y...?

VICTORIA: ¡Cállate, cállate! ¡Por Dios! ¡Qué asco!

ISABEL: Pero no te preocupes, tú tranquila, porque ahora mismo las toallas que utilicé están dando vueltas en la lavadora con full detergente, un potente desinfectante, dos quitamanchas y hasta ese suavizante que compramos la última vez en el súper y cuyo olor tanto te agrada.

VICTORIA: Ojalá no me den ganas de ir al baño, porque ni me imagino cómo ha quedado después de todo esto que me acabas de contar.

ISABEL: ¿Qué insinúas?

VICTORIA: Bueno, si sueles dejarlo hecho un desastre en condiciones normales, ni te cuento en tu estado actual...

ISABEL: ¿Mi estado actual? ¿Qué quieres decir con "mi estado actual"?

VICTORIA: Pues...

ISABEL: ¿Estás insinuando que estoy borracha?

VICTORIA: No lo insinúo, amiga.

ISABEL: No estoy borracha. Tal vez un poquito achispada, aunque eso era antes... Antes de vomitar, quiero decir. Ahora mismo estoy sobria, con mis seis sentidos funcionando a toda máquina.

VICTORIA: Se nota.

ISABEL: Ah. Y para que lo sepas, he dejado el cuarto de baño tal y como estaba antes de entrar.

VICTORIA: *(Al público.)* Lamentablemente eso tendré que averiguarlo tarde o temprano.

ISABEL: Por eso he tardado todo este tiempo en reincorporarme de nuevo a la reunión, porque estaba esforzándome para que quedara limpiecito como un sol... *(Breve pausa y después de mirar a su alrededor.)* ¿Y tus amigas?

VICTORIA: Se han marchado.

ISABEL: ¿Todas?

VICTORIA: Todas.

ISABEL: ¿En serio?

VICTORIA: ¿Por qué lo preguntas?

ISABEL: ¿Cómo que por qué lo pregunto? Porque hay que limpiar y recoger todo este desastre.

VICTORIA: Es que la mayoría tenía que ir a trabajar muy temprano.

ISABEL: Claro, porque seguramente tú y yo no tenemos igual que levantarnos temprano para ir a trabajar.

VICTORIA: Tú y yo tenemos el día libre. ¿No lo recuerdas? Yo porque lo pedí para hacer diligencias relacionadas con la boda y tú porque lo pediste para acompañarme.

ISABEL: Ah, sí, sí, es cierto... Pero eso no justifica la actitud "viva la pepa" de tus amigas. ¡Qué frescas! Y mira que les he dicho a varias de ellas que después de la recepción por favor se quedaran a echarnos una mano.

VICTORIA: No te enrolles por eso, Isa. Ya nos ocupamos nosotras.

Reanuda su paseo por el salón-comedor con el fin de recoger cosas e Isabel, mientras continúan los

diálogos, se las va quitando de las manos y dejándolas en cualquier lugar.

ISABEL: Pero si tú eres la agasajada.

VICTORIA: No importa.

ISABEL: Si todas disfrutamos y nos divertimos de lo lindo, ¿no era justo que también todas hubiéramos colaborado en la limpieza? Al fin y al cabo, fue algo que preparamos entre todas, ¿no te parece?

VICTORIA: ¡Ay, amiga! Tú y tus utopías...

ISABEL: *(En tono sermoneador.)* Vicky, si siempre echas mano a esa actitud tan tuya, tan tolerante, tan complaciente y, por cierto, bastante alcahueta, no avanzaremos nada. Dime: ¿así cómo diablos vamos a conseguir que las cosas cambien?

VICTORIA: ¿Y tú crees que en este preciso momento de mi vida yo estoy interesada en que las cosas cambien? ¡Pero si soy la mujer más feliz del mundo!

ISABEL: Sí, claro, porque en unos días te vas a casar *(Efusiva.)* "con el hombre más maravilloso que ha existido nunca jamás sobre la faz de la tierra...".

VICTORIA: No te burles.

ISABEL: Si no me burlo. ¿Acaso no es lo que me insinúas a cada rato desde que Federico te propuso matrimonio?

VICTORIA: Es verdad. Pero ese tonito tuyo...

ISABEL: Mi tonito y un rábano con mayonesa. Tú no permitas que ni mi tonito ni nadie te amarguen la felicidad de estos días, ¿de acuerdo?

VICTORIA: *(Tras reflexionar.)* ¿Sabes qué? ¡Tienes razón!

ISABEL: *(Harta de ir tras Victoria quitándole las cosas de las manos.)* Ahora deja todo esto como está. Por favor olvídate un momento del orden y la limpieza y sentémonos un ratito a conversar.

Empuja a Victoria hacia el sofá y se sientan.

VICTORIA: *(Con cariño.)* ¿Qué es lo que quieres?

Isabel coge a Victoria de las manos.

ISABEL: Voy a hacerte una pregunta y te exijo que me contestes con el corazón en la mano, ¿okey? Con toda la sinceridad que guardas ahí dentro.

VICTORIA: Okey.

ISABEL: ¿Te ha gustado tu despedida de soltera?

VICTORIA: ¡Muchísimo!

ISABEL: ¿De verdad?

VICTORIA: Totalmente.

ISABEL: Porque la preparé con mucha ilusión, ¿sabes? Me dije: "la Victoria ha decidido casarse desoyendo mis sabios consejos, pero aún así, voy a prepararle la despedida de soltera más cojonuda que se haya hecho en la historia del país".

VICTORIA: ¡Qué linda y qué exagerada!

ISABEL: Tal vez no hayan estado todas las amigas que tú habrías querido que estuvieran, pero te juro que contacté con todas aquellas que estoy segura de que se merecen tu estima.

VICTORIA: Gracias.

ISABEL: Y aunque no todas vinieron, que quede claro que yo las he invitado a todas.

VICTORIA: Tranquila. Está bien. Estuvieron todas las que debían de estar.

ISABEL: Eso mismo pienso yo. Y las que han recibido la invitación y no se han presentado, pues, ¡que se jodan!, ellas se lo han perdido.

VICTORIA: Así es.

ISABEL: Pero te confieso algo, si por mí hubiera sido, a algunas de tus amigas que vinieron ni siquiera las hubiera contactado para invitarlas.

VICTORIA: ¿Y eso por qué?

ISABEL: (*En lo suyo.*) No voy a decir nombres porque no estaría bien de mi parte y... (*Incisiva.*) ¡Al carajo con la bicicleta! No hubiera invitado a esa Trinidad, ni a Maribel y mucho menos a la tal Rebeca... Son todas unas pesadas, chama, unas brujas... Dime algo: cómo siendo tú tan simpática, noble y bella persona, te rodeas de cuaimas como esas, ¿eh?

VICTORIA: Isabel...

ISABEL: Sí, sí. Ya lo sé. Mejor cierro el pico y no me adentro en esas profundidades.

VICTORIA: Así es. Mejor que no.

ISABEL: Y sin embargo, como te decía, a todas las invité porque sé que a ti te hacía ilusión compartir estos momentos con ellas.

VICTORIA: Y yo te lo agradezco enormemente.

ISABEL: También quería sorprenderte con otro par de cositas, pero no ha sido posible.

VICTORIA: Ah, ¿sí? ¿Y qué "cositas"?

ISABEL: La primera era que te quería hacer beber hasta que perdieras el control y te cayeras de culo, pero finalmente la que ha acabado borracha y limpiando el suelo con su culo he sido yo.

VICTORIA: (*Ríe, pícaro.*) Eso lo sospeché desde un principio, por eso le pedí consejo a Trinidad y ella me recomendó unas pastillitas que evitaron que la bebida se me subiera tan pronto a la cabeza... ¡Me tomé dos!

ISABEL: ¡QUÉ ZORRA!

VICTORIA: ¡¿Qué?!

ISABEL: Tú no, querida. Me refiero a la zorra de tu amiga Trinidad. ¡Bruja! ¡Putona! ¡Mil veces putona! ¡La más zorra de entre todas las zorras!

VICTORIA: ¿Y cuál es la segunda?

ISABEL: ¿La segunda? Pues mira, me queda súper claro que la Trinidad es la primerísima putona de todas tus amigas, pero la segunda, tendrías que darme unos minutitos más para pensármelo mejor.

VICTORIA: ¡No, chica! Que cuál era la segunda sorpresa que me tenías reservada para esta noche.

ISABEL: Ah. Claro, claro. (*Breve pausa.*) Había contratado los servicios de un stripper, pero al final el muy imbécil no se ha aparecido.

VICTORIA: ¡Qué pervertida!

ISABEL: Pero si era sólo para recrearnos la vista un ratito... Bueno, bueno, corrijo: para que tú te recrearas la vista un ratito...

VICTORIA: (*Irónica.*) Por supuesto.

ISABEL: El tipo está tan bueno que si me dicen que fue el modelo que utilizó Miguel Ángel para esculpir el David, lo creo sin chistar. Ah, y su show es una maravilla. No sé si será la octava o la novena maravilla del mundo, pero muy cerquita debe de andar... Está para caerse de espalda y con la boca bien abierta. Te lo juro.

VICTORIA: Ah, ¿sí? ¿Y tú cómo sabes todo eso?

ISABEL: ¿Que cómo lo sé? (*Titubeante.*) Pues porque... porque... ¡Porque lo leí en internet! Es que no te lo había dicho todavía: el chico tiene su propia página web, para publicitarse, ¿sabes?, y, ahí, los que han contratado sus servicios, suelen dejar de manera anónima sus comentarios. Además, tiene muchísimas fotos y videos y...

VICTORIA: Ya. Entiendo.

ISABEL: Me hubiera encantado que lo vieras actuar.

VICTORIA: No importa, amiga, así como te ha quedado la reunión, sin que se concretaran tus dos sorpresitas, te aseguro que ha estado todo muy bien.

ISABEL: ¿De veras?

VICTORIA: Ujúm.

ISABEL: ¿No lo dices por puro compromiso?

VICTORIA: Te lo digo con el corazón en la mano.

ISABEL: Es que quiero que estos últimos días que pasemos juntas sean inolvidables para ambas.

VICTORIA: Sólo me voy a casar, Isa, no me voy a ir a vivir a otro planeta.

ISABEL: Lo dirás en broma, pero el matrimonio está a esto de parecersele.

VICTORIA: Ni siquiera te has casado para que afirmes eso.

ISABEL: No, pero tengo un montón de amigas que sí lo han hecho y justamente te hablo desde esa perspectiva: la antigua amiga de las nuevas esposas que se casaron y se mudaron a otro planeta.

VICTORIA: Isa, ya hemos hablado de esto. ¡Y montones de veces! Nada tiene por qué cambiar entre nosotras.

ISABEL: ¿Cómo que no? ¿Te dice algo el hecho que dentro de unos pocos días ya no viviremos juntas?

VICTORIA: Ya no viviremos juntas, es verdad, pero las otras cosas no tienen por qué cambiar.

ISABEL: Sabes muy bien que eso no será posible, Victoria. No trates de engañarme como si yo fuera una chiquilla de cinco años.

VICTORIA: No, si yo no trato...

ISABEL: *(En lo suyo, quebrándosele la voz.)* Entre tu trabajo y tus nuevas obligaciones de mujer casada, ya no tendrás tiempo para mí.

VICTORIA: ¡Para, para! No vayas a soltarte a llorar, por favor, que también me vas a arrastrar a mí y las dos acabaríamos ahogadas en llanto.

ISABEL: Perdóname, perdóname... Pero no puedo evitarlo... El alcohol me pone así, me pone la sensibilidad a millón...

VICTORIA: Ya, ya. Cálmate.

ISABEL: *(Secándose las lágrimas.)* ¡Al carajo con la bicicleta! No me pares, amiga. Estoy un poco borracha... Es verdad... ¡Si tú eres feliz, yo soy feliz!

VICTORIA: ¿Ves? Así está mejor.

ISABEL: Y en cuanto al apartamento, no te preocupes, cuando regreses de tu luna de miel con el Fedex, me habré llevado ya mis cosas...

VICTORIA: ¿Otra vez? Ese es otro tema del que también hemos hablado y no me parece que...

ISABEL: ¡No, no, no, no! Con esto sí que no me vas a convencer. Ya es una decisión tomada, ¿okey? Este será tu apartamento de casada.

VICTORIA: Isabel, no creo que sea justo ni una buena idea.

ISABEL: Sí que lo es y no se hable más del asunto. Mañana mismo hablaré con el señor Contreras para comunicárselo y para que vaya redactando un nuevo contrato de alquiler a tu nombre.

VICTORIA: Pero si este ha sido tu hogar durante años.

ISABEL: Iba siendo hora de que cambiara de aires.

VICTORIA: No seas mentirosa. Tú adoras este apartamento.

ISABEL: Ya no será igual. Me quedaría demasiado grande.

VICTORIA: Te recuerdo que antes de venirme a vivir contigo ya tú vivías aquí... ¡Y sola!

ISABEL: Qué testaruda eres. ¿Es que no lo entiendes? Tú y Federico son mis mejores amigos. Los amo a

ambos como a nada más en este mundo. Quiero que tú y él vivan aquí y punto.

VICTORIA: ¿Y tu hermana?

ISABEL: ¿Alejandra? Ella sólo está de paso.

VICTORIA: ¿Se lo has dicho?

ISABEL: Desde luego.

VICTORIA: ¿Y cómo lo ha tomado?

ISABEL: Eso no tiene importancia. Las que pagamos el alquiler somos tú y yo. Ella es una simple visita y tendrá que aceptar y adaptarse a cualquier decisión que nosotras tomemos. Y en lo que a mí respecta es una decisión más que tomada. Será uno de mis regalos de bodas.

VICTORIA: No sé, no sé. ¿Qué te parece si mejor continuamos con esta conversación mañana, cuando ambas tengamos la cabeza más despejada?

ISABEL: Y dale con lo mismo. Ya no estoy borracha. Y aunque lo estuviera, más a mi favor: ¿acaso no dicen por ahí que los niños y los borrachos dicen siempre la verdad?

VICTORIA: (Ríe.) Eres como los nacidos en Jalisco, amiga.

ISABEL: ¡¿Ah?!

VICTORIA: Que tú eres como los nacidos en Jalisco: si no ganas arrebatas.

ISABEL: Pues así mismo soy.

VICTORIA: A ver: ¿y adónde piensas irte a vivir tú?

ISABEL: Eso tampoco es tu problema y no tienes por qué preocuparte por eso.

VICTORIA: ¿Y cómo no voy a preocuparme si eres mi mejor amiga? No, no, no, no. Esta conversación me sobrepasa y me pone muy incómoda.

ISABEL: Dime la verdad: ¿no te agrada la idea de vivir aquí tus primeros años de casada?

VICTORIA: Claro, pero...

ISABEL: Sin peros. ¿Sabes? Uno de tus defectos es que piensas demasiado en el bienestar de las personas que te rodean antes que en el tuyo propio. Amiga: a veces las circunstancias tienen que obligarnos a ser un poco más egoísta que de costumbre.

VICTORIA: Tal vez tengas razón.

ISABEL: La tengo. Tú sólo recibe con los brazos abiertos, y una gran sonrisa en esa boquita tuya, lo que yo te ofrezco. Y por favor, en estos momentos no te preocupes por mí ni por nadie más. Yo estaré bien. Sabes que soy como los gatos.

VICTORIA: Siempre caes de pie

ISABEL: ¡Exacto!

Breve pausa.

VICTORIA: Está bien. Te prometo que me lo voy a pensar mejor esta noche. Lo consultaré con la almohada.

ISABEL: Bueno, eso al menos ya es algo. Es un progreso. Y ahora dame un abrazo.

Se abrazan.

VICTORIA: Te quiero mucho.

ISABEL: Yo también.

VICTORIA: Eres mi mejor amiga. Gracias por ayudarme y soportarme todos estos años.

ISABEL: Y por presentarte a Federico.

VICTORIA: (Ríe.) Ah, sí. También gracias por eso.

ISABEL: Hacen una estupenda pareja. Me alegro de haber sido su alcahueta... Y no ha sido nada, Vicky. Todo lo que hice lo hice con el mayor cariño. Tú hubieras hecho lo mismo por mí.

VICTORIA: Sin tu ayuda quién sabe dónde andaría yo dando tumbos ahora mismo.

ISABEL: No hablemos de eso.

VICTORIA: (*Quebrándosele la voz.*) Al menos de una cosa estoy segura, no sería aquí, en el mero-mero centro de estos días felices.

ISABEL: Ahora soy yo la que te pide que por favor no te vayas a poner a llorar.

VICTORIA: (*Ríe.*) No, tranqui. No lo haré.

ISABEL: También tú has sido de gran ayuda para mí, aunque ni te hayas enterado en todo este tiempo.

VICTORIA: ¡Qué dices!

ISABEL: Es verdad. Te juro que me has ayudado a ver la vida de otro modo, a ser mejor persona.

VICTORIA: Te quiero mucho.

Se abrazan de nuevo.

ISABEL: No cambies nunca.

VICTORIA: No lo haré.

ISABEL: Al menos no cambies conmigo, ¿okey?

VICTORIA: Te lo prometo.

ISABEL: Espera. Tenemos que hacer un brindis.

Se pone de pie.

VICTORIA: ¡No! ¡Para ya! Mira que mañana ninguna de las dos va a querer levantarse de la cama.

ISABEL: ¿Mañana? Querrás decir dentro de un rato.

VICTORIA: Más a mi favor. Necesitamos dormir un poco porque si no, no vamos a valer ni un céntimo partido por la mitad y yo tengo un montón de cosas pendientes.

ISABEL: Pero qué dices. Si las dos estamos enteritas, frescas como lechugas... Tú haciendo trampas,

por supuesto, con ayuda de las dichas
pastillitas esas... ¡Voy a servir!

VICTORIA: (*Poniéndose de pie.*) ¡No! Lo siento, Isa. Yo me voy a la cama.

ISABEL: ¡Anda...! Que sólo será una copita.

VICTORIA: No insistas.

ISABEL: ¡Qué aguafiestas eres! (*Pausa.*) Y no me mires con esa cara de escopeta.

VICTORIA: ¿Sabes qué? Tú en lugar de seguir bebiendo como lo has hecho durante toda la noche, deberías imitarme e irte directo a la cama.

ISABEL: Nada de eso. Yo sí que voy a tomarme otra copita... (*Melodramática.*) Aunque tenga por única compañía el canto de los grillos.

Por fin va y se sirve el trago.

VICTORIA: Conozco tus estrategias, amiga, y ni siquiera así vas a lograr convencerme.

Se dispone a salir.

ISABEL: Es que si no me bebo otra copita ahora, mañana sí que no voy a querer salir de la cama.

VICTORIA: Bueno, que conste que te lo he advertido. ¡Hasta mañana!

Sale Victoria.

ISABEL: ¡Adiós, aguafiestas!

Isabel retorna al sofá. Se sienta.

ISABEL: (*Alzando su vaso.*) ¡Por ellos! Aunque mal paguen...

Ríe.

Bebe.

Pausa.

Llaman a la puerta.

ISABEL: ¡Eh! ¿Y quién coño podrá ser a estas horas?

*Se levanta y va hacia la puerta de entrada.
Antes de abrirla, mira por el ojo mágico.*

ISABEL: ¿Diga?

Escuchamos la voz del hombre pero no lo vemos.

VOZ DE

HOMBRE: Hola. Buenas noches. Soy el stripper que contrataron para la despedida de soltera. No pude llegar antes porque cuando venía hacia acá, en un semáforo, me atracaron y se llevaron mi moto. También me quitaron el celular, por eso no he podido llamar para avisarles de mi retraso. Pero como seguramente leyeron en el anuncio que tengo colgado en mi web, asisto a los eventos donde me contratan llueve, truene o relampaguee. Espero que no sea demasiado tarde y todavía quieran mis... ¡Oye! Un momento... Tú cara me suena. ¡Te conozco! Me habías contratado antes, ¿verdad?

Isabel se vuelve hacia el público y deja escapar una expresión entre avergonzada y pícara.

2

Mismo salón-comedor; mismo desorden y caos. Victoria, vestida de manera casual y lista para salir, de pie e inclinada sobre la mesa del comedor, hace algunas anotaciones en un trozo de papel mientras busca y lee en su agenda personal.

VICTORIA: Isa, ya me voy. Te dejo la lista con los teléfonos sobre la mesa del comedor.

Entra Isabel.

Va vestida con ropa de dormir.

En una de las manos lleva una bolsa de hielo que presiona contra su cabeza; en la otra sostiene un vaso efervescente de sal de frutas, del que bebe pequeños sorbos de tanto en tanto.

ISABEL: Sorry, amiga. Te prometo que esta tarde sí te acompaño, ¿okey? Te lo prometo.

VICTORIA: No hagas promesas que no sabes si vas a cumplir.

ISABEL: ¡Nunca más! No vuelvo a beber nunca más en mi vida. Ni una gota. ¡Lo juro, coño!

VICTORIA: Repito: no hagas promesas que no sabes si vas a cumplir.

ISABEL: No seas pesada conmigo, ¿quieres? Mira que estoy de veras malita.

VICTORIA: Si me hubieras hecho caso anoche, y te hubieras ido a la cama como te dije, no estarías en esas condiciones tan lamentables.

ISABEL: Créeme, si por hacerte caso e irme enseguida a la cama es que he amanecido hecha polvo. Ya no estoy para estos trotes, amiga, la verdad.

VICTORIA: No te entiendo.

ISABEL: No me hagas caso. Tranquila. Basta con que yo solita me entienda.

VICTORIA: ¡Para ya de darle besitos a esa sal de frutas y bébetela de una buena vez! Si no, no te va a hacer ningún efecto.

ISABEL: Es que sabe horrible.

VICTORIA: Si de verdad quieres acompañarme esta tarde en mis diligencias, tendrás que hacerlo.

ISABEL: Está bien, está bien: todo sea por mi mejor amiga y una muy buena causa.

De un trago despacha el contenido del vaso.

VICTORIA: Buena chica.

ISABEL: ¡Aaarrgggghhh! ¡Qué cosa más horripilante!

VICTORIA: Ya verás que dentro de un rato empiezas a sentirte mejor. Luego te metes bajo la regadera, te das una ducha alternando agua fría con caliente y asunto arreglado: te sentirás como nueva.

ISABEL: Según las estadísticas, 88,7% de los remedios que la tradición atribuye al combate de la resaca, no son efectivos en el 93,6% de los casos.

VICTORIA: Isabel...

ISABEL: Ya lo sé, ya lo sé. Mejor cierro el pico y deposito toda mi fe en las nunca suficientemente ponderadas cualidades curativas de la sal de frutas.

Pausa.

VICTORIA: Por cierto, quería preguntarte algo.

ISABEL: ¿Sí?

VICTORIA: ¿Escuchaste anoche unos ruidos raros?

ISABEL: ¿Ruidos raros?

VICTORIA: Como gemidos... Ya sabes... Como cuando un hombre y una mujer...

Ante la incomprensión de Isabel, Victoria hace gestos para indicar que se refiere a cuando un hombre y una mujer hacen el amor.

ISABEL: ¡Ah! ¡Claro, claro!

VICTORIA: No sé qué hora era, porque enseguida que puse la cabeza sobre la almohada me quedé completamente rendida, pero al rato los ruidos me despertaron...

ISABEL: ¿No lo soñarías? Anoche estabas tan cansada.

VICTORIA: Te juro que sonaban muy real.

ISABEL: No sé, no sé. Espera. Se me ocurre que quizá los gemidos que escuchaste pudieron haber venido del apartamento de al lado.

VICTORIA: Lo extraño es que parecía que fueran aquí dentro.

ISABEL: Bueno, bueno, te recuerdo que las paredes de estos apartamentos son extremadamente delgadas. Ya otras veces nos ha pasado.

VICTORIA: Tienes razón. Además, no tiene ninguna importancia.

Va y le entrega a Isabel el trozo de papel en el que ha estado haciendo sus anotaciones.

VICTORIA: Ahí están los números telefónicos a los que tienes que llamar. Trata que te envíen los presupuestos a tu correo electrónico, si se niegan, entonces pide la dirección y apúntala para acercarnos esta tarde, ¿de acuerdo?

ISABEL: Okey.

VICTORIA: Chao. Nos vemos luego. Para entonces me encantaría verte completamente recuperada.

Sale.

Isabel ve salir a su amiga y luego mira el vaso que todavía conserva en sus manos.

Trabajosamente, camina hacia la mesa, deja el vaso allí y se guarda la nota que le dio Victoria en el bolsillo de su pijama.

*Se dispone a salir cuando llaman a la puerta.
Retorna sobre sus pasos. Lentamente. Sin soltar
ni dejar de aprisionar por un instante la bolsa
de hielo contra su cabeza.
Los llamados a la puerta arrecian.*

ISABEL: ¡Ya va, ya va! ¡Un momento, por favor! ¡Voy en camino! (*Entre molesta e irónica.*) Coño. Ni que tuvieran una urgencia.

Entra Alejandra.

ALEJANDRA: ¡Me hago pis!

Como un bólido cruza la escena y sale por el lateral opuesto.

ISABEL: "Buenos días, hermanita. ¿Cómo amaneces?".
"¿Yo? ¡Fatal! ¿No me ves la pinta?". "¿Y eso?".
"Porque anoche bebí y tragué como un cosaco".
"Es que tú ya estás demasiado viejita para esas cosas". "Lo sé, lo sé. Y como si beber y comer como un cosaco no hubiera sido suficiente, se me ocurrió tirarme al stripper que vino a la despedida de soltera de Victoria". "¡Noooo!".
"¡Síiii...! Tengo el coño y la cabeza palpitándome como el corazón de una adolescente a punto de perder el virgo".

Vuelve a entrar Alejandra.

ALEJANDRA: ¿Qué? ¿Ahora te ha dado por hablar sola?

ISABEL: ¡¿Y tus llaves?!

ALEJANDRA: Oye, perdona que te lo diga, pero luces fatal.

ISABEL: ¿Dónde están tus llaves?

ALEJANDRA: Las dejé olvidadas en...

ISABEL: (*Interrumpiéndola.*) ¡¿Otra vez?! Son el segundo juego de llaves que pierdes en menos de un mes.

ALEJANDRA: No las perdí. Sólo las he dejado en...

ISABEL: Para que lo vayas asimilando: no pienso darte un juego de llaves más. Que te quede claro. Así que tú verás cómo te las arreglas.

ALEJANDRA: Ya, ya. Tranquilízate. Se te va a reventar la úlcera... (*Tras mirar el caos del salón-comedor.*) Coño. Parece que anoche se la montaron bien en la despedida de soltera de tu amiga. Con razón tienes esa facha.

Busca entre los restos de comida que hay sobre la mesa. Agarra algún pasapalo, lo olfatea y luego lo come.

ALEJANDRA: Ah, por cierto, el baño huele asquerosamente mal y no he sido yo, que conste. Sólo he hecho pis.

ISABEL: ¿Por qué no viniste anoche a la reunión?

ALEJANDRA: Tenía cosas más importantes que hacer.

ISABEL: ¿Dónde estuviste?

ALEJANDRA: (*Pícaro.*) ¿En realidad te gustaría saber dónde estuve anoche, hermanita?

ISABEL: Olvídalo. No me interesa.

ALEJANDRA: Yo creo que sí.

ISABEL: (*Tras una pausa.*) ¿Qué tramas?

ALEJANDRA: Más bien la pregunta exacta debería ser (*Imitando a Isabel.*): "¿Qué coño hiciste anoche, Alejandra?!"

ISABEL: Déjate de jueguitos conmigo y dime de una vez por todas qué te traes entre manos.

ALEJANDRA: ¿Jueguitos? Nada de jueguitos, hermanita. Desde el principio he querido decirte dónde estuve anoche y eres tú la que no me deja.

ISABEL: ¡Suéltalo ya!

ALEJANDRA: (*De lo más natural.*) Anoche me acosté con el novio de tu amiga Victoria.

ISABEL: ¡¿Qué?!

ALEJANDRA: Lo que oyes: me tiré al noviecito de tu queridísima amiga.

ISABEL: ¿Cómo? ¡¿Que has hecho qué?! Creo que no te he escuchado bien...

ALEJANDRA: ¡Que me tiré al tal Federico, chica!

ISABEL: No, no, no, Alejandra. No pudiste haber hecho una tontería de ese tamaño. Dime que no es cierto, por favor.

ALEJANDRA: Lo siento, pero no puedo complacerte, porque la pura verdad es que (*Cantadito con sorna.*) ANOCHE ME ACOSTÉ CON EL NOVIECITO DE VICTORIA.

Silencio.
De pronto, Isabel reacciona y con furia le lanza a Alejandra la bolsa de hielo, que ésta esquivo por poco.

ISABEL: ¡Zorra!

ALEJANDRA: ¡Hey! ¡Más cuidado! Por poco me abres la cabeza en dos.

ISABEL: Justamente era esa mi intención.

ALEJANDRA: ¿Qué?

ISABEL: Es lo menos que te mereces por putona y mala gente.

ALEJANDRA: Tranqui. Deja la histeria. Te van a salir más arrugas de las que tienes y entonces no te servirán de nada los tarros esos de crema cara que compras.

ISABEL: ¡Puta, putona, putaza!

ALEJANDRA: No entiendo por qué reaccionas de esa manera, si al que me he tirado es al novio de tu amiguita, no al tuyo. (*De nuevo con sorna.*) Ah. Perdona. Se me olvidaba que por vieja y amargada tú no tienes perro que te ladre.

ISABEL: Maldito el día que te dejé entrar por esa puerta.

ALEJANDRA: No digas eso. Mira que mamá, dónde quiera que esté, te puede estar escuchando...

ISABEL: ¡No metas a mamá en este asunto!

ALEJANDRA: Tengo que hacerlo, hermanita, porque fue a ella que le prometiste que cuidarías de mí.

Breve pausa.

ISABEL: ¡Un momento! ¿Cómo sé que lo que dices es verdad y que no te lo estás inventando?

ALEJANDRA: Porque tomé fotos.

ISABEL: ¿Tomaste fotos?

ALEJANDRA: Ajá.

ISABEL: De tú y Federico...

ALEJANDRA: Con mi celular. Mientras él dormía... Sabía que dudarías de mí, así que... ¿Quieres verlas?

Pausa.

ISABEL: ¿En qué coño estaría pensando el imbécil de Federico cuando decidió irse a la cama contigo?

ALEJANDRA: Yo en cambio me pregunto en qué estaría pensando cuando le propuso matrimonio a Victoria. No es que él sea Hugh Jackman, pero Victoria es tan desaliñada, tan desabrida, la pobre, tan poquita cosa.

ISABEL: Hay hombres que ven más allá de la belleza física de una mujer.

ALEJANDRA: Pues si creías que Federico era uno de ellos, te sugiero que lo vayas sacando de esa lista.

ISABEL: Es que me va a escuchar el muy desgraciado... ¡Eso no se hace! Te juro que lo voy a hacer pedacitos... ¡Le voy a partir el alma!

ALEJANDRA: A riesgo de pasar por ingenua, porque sé de sobra que mi opinión para ti no cuenta en lo más mínimo, ¿no crees que antes de hablar con él deberías decírselo a Victoria? ¿O acaso

estás pensando en ocultárselo? Se trata del futuro de tu mejor amiga... Se casa dentro de muy poco y ya el muy cabrón le anda montando los cuernos. ¡Qué terrible! Será duro para ella, pero yo, sinceramente, pienso que tienes que decírselo todo. Victoria tiene que saberlo sin falta y cuanto antes mejor.

ISABEL: ¿Te has acostado con Federico con el único propósito de hacerle daño a Victoria?

ALEJANDRA: (*Nauseabundantemente cínica.*) ¡Santo Cristo, hermanita! ¿De veras me crees capaz de un acto tan bajo como ese?

ISABEL: Ahora no estoy tan segura si eres más putona que hija de puta.

ALEJANDRA: ¿Y? Qué le vamos a hacer. Tú siempre has tenido esa disyuntiva conmigo.

ISABEL: No sé por qué esa ojeriza tuya con la pobre Victoria. Si apenas la conoces. ¿Qué te ha hecho? Dime. Que yo sepa, desde que llegaste a esta casa, ella no ha hecho otra cosa que ser amable contigo.

ALEJANDRA: "La suerte de la fea, las bonitas la desean".

ISABEL: ¿Perdón?

ALEJANDRA: ¿Te acuerdas de ese refrán?

ISABEL: Por supuesto.

ALEJANDRA: La abuela Vera lo decía siempre.

ISABEL: ¿Y a qué viene que lo recuerdes ahora?

ALEJANDRA: ¿Por qué va a ser?

ISABEL: Y yo qué sé.

ALEJANDRA: ¡Pues por tu amiga Victoria!

ISABEL: ¿Por Victoria?

ALEJANDRA: ...

ISABEL: Ya va, ya va. ¿Crees que Victoria es una afortunada? ¿Eso piensas? ¿Crees que ella lo ha tenido fácil en la vida?

ALEJANDRA: En lo que llevo tratándola no he conocido a nadie más feliz. Y no soporto a la gente que va por ahí restregándoles su felicidad en la cara a los demás.

ISABEL: Pues déjame decirte que ella la ha tenido más difícil que tú y que yo juntas.

ALEJANDRA: ¿Qué? ¿Nunca conoció a su padre y su madre murió cuando era una niña?

ISABEL: No, todo lo contrario: conoció a sus padres y ambos están vivos, pero nunca se han ocupado de ella. Si nos atenemos a los hechos, eso es mucho peor que haberse quedado huérfana.

ALEJANDRA: Hay que ver cómo la defiendes.

ISABEL: Porque te equivocas con Ella. Es una mujer que ha sufrido un montón y apenas ahora es cuando la vida le ha dado un respiro.

ALEJANDRA: Sí, sí, claro.

ISABEL: Al poco de conocerla, su novio de entonces la dejó por otra. No sabes cuánto sufrió por ese tipo. Iban a cumplir ocho años de noviazgo. Estuvo meses en un estado de depresión total. Hasta perdió su trabajo y para salir del hueco donde estaba tuvo que recurrir a la ayuda de un especialista. En esos momentos me identifiqué enormemente con ella e intimamos más, nos hicimos más amigas, tanto, que le pedí que se viniera a vivir conmigo.

ALEJANDRA: Y ahora piensas dejarle tu apartamento.

ISABEL: No es mi apartamento. Escucha. Pese a lo mal que le pueda ir en la vida, Victoria no es de esas que se la pasan rumeando sus desgracias por los rincones y tratando de desquitarse con los demás. Cuando tropieza, simplemente se levanta y hace el esfuerzo de seguir adelante.

ALEJANDRA: Lo que tú digas.

ISABEL: Es la persona más noble con la que me he tropezado en la vida.

ALEJANDRA: Ella y la Madre Teresa de Calcuta.

ISABEL: Y en definitiva es mi amiga. La quiero y haría cualquier cosa por ella porque se lo merece. Y sé que yo a ella le importo tanto como ella me importa a mí.

ALEJANDRA: Claro, claro.

ISABEL: Con ella empecé a ver el mundo de otro modo e, incluso, he aprendido a ser mejor persona.

ALEJANDRA: ¿De ese tipo de "mejor persona" que da la espalda y manda a la mierda a su propia familia?

ISABEL: Es imposible hablar contigo.

ALEJANDRA: Yo soy tu hermana. De tu misma sangre. Ella en cambio, hasta no hace mucho, era una total desconocida para ti, pero ahora le dejas tu apartamento y a mí me echas como a un perro a la calle cuando más te necesito.

ISABEL: ¿Cuántas veces se ha repetido esta historia, Alejandra? Dime. Vives la vida loca por un tiempo, durante el cual no sé nada de ti, y cuando te ves con el agua al cuello, cuando por equis o por ye no consigues levantarte a un tipo que te mantenga, corres adónde tu hermana para que te saque las patas del barro.

ALEJANDRA: Le prometiste a mamá que cuidarías de mí.

ISABEL: No sabes cuánto me arrepiento de haberle hecho esa promesa.

ALEJANDRA: Y no puedes romper tu promesa así como así de la noche a la mañana.

ISABEL: ¿Quién dice que no? ¿No te he ayudado lo suficiente acaso?

ALEJANDRA: No. No puedes romperla porque es una promesa para toda la vida.

ISABEL: Nada es para toda la vida.

ALEJANDRA: La promesa que le hiciste a mamá sí. Y lo sabes.

ISABEL: Si tan sólo le hubieras sacado provecho a una de las tantas veces que te he tendido la mano... ¡A una sola! Un provecho positivo, quiero decir, que te haga una mujer independiente, responsable, que no ande por ahí chuleándose a la gente...

ALEJANDRA: Ella nos debe estar mirando ahora mismo desde allá arriba.

ISABEL: Por eso, cada vez que te ves obligada, recurres al mismo chantaje...

ALEJANDRA: ¡Tú se lo prometiste!

Isabel se le va encima a Alejandra, la agarra fuerte con ambas manos, ella intenta zafarse pero no lo consigue.

ISABEL: Mírame. ¡Mírame! Algún día vas a llegar a mi edad y por más cremas que te pongas tu piel empezará a lucir flácida, arrugada y con manchas. Eso si tienes el dinero suficiente con qué comprarlas, claro. Sí, ese cutis lozano, terso y juvenil que tienes ahora, irá perdiendo brillo, elasticidad, y se llenará de manchas y arrugas... ¿Qué harás entonces? Porque no creo que el tipo de hombre que te gusta, el que estás acostumbrada a chulear y que te complazca tus caprichos, se interesará ya por ti. Tendrás la edad de sus esposas y entonces no llamarás para nada su atención.

ALEJANDRA: ¡Suéltame, bruja!

Consigue zafarse de Isabel.

ISABEL: Probablemente pienses que falta mucho para eso, pero ese día llegara mucho antes de lo que tienes previsto. Y tal vez ya yo no esté allí para cumplir la promesa que le hice a mamá.

ALEJANDRA: Cuando llegue a tú edad, no estaré sola como tú, tendré un hombre a mi lado que cuide de mí.

ISABEL: ¿Eso piensas? Yo creo que no, si sigues por el camino que vas... Incluso me atrevería a apostar, 100 a 1, a que estarías peor que yo. Porque yo al menos tengo una profesión con la cual defenderme y no depender de nadie.

ALEJANDRA: ¿De ahí también sacas el dinero para pagarle a los jovencitos que te llevas a la cama?

ISABEL: Sí, eso también es verdad. Sin embargo, al menos yo, a mi edad, puedo decir con tranquilidad que tengo sexo sólo cuando quiero.

Largo silencio.

ALEJANDRA: Nunca me vas a perdonar, ¿verdad?

ISABEL: Es que no haces nada para que al menos me lo plantee, ¿sabes?

ALEJANDRA: De aquello hace ya mucho tiempo.

ISABEL: Y aún sigo padeciendo las consecuencias.

ALEJANDRA: Yo sólo era una niña... Una niña sola que buscaba la atención de su hermana...

ISABEL: Qué triste que después de tanto tiempo no hayas cambiado en lo absoluto.

ALEJANDRA: Eres mi única familia.

ISABEL: Me vas a hacer llorar.

ALEJANDRA: No seas cruel.

ISABEL: ¿Y qué esperabas? ¿Que por ser mi hermana tienes derecho a lastimarme cuando te plazca y yo el deber de perdonarte una y otra vez?

ALEJANDRA: Todos cometemos errores y todos necesitamos una nueva oportunidad.

ISABEL: ¡Cómo si fuera la primera vez que pasa y que hablamos del asunto!

Pausa.

ALEJANDRA: Tu amiga Victoria me tiene sin cuidado.

ISABEL: Me ha quedado claro desde el principio.

ALEJANDRA: La que en realidad me importa eres tú. Es tu cariño el que quiero recuperar.

ISABEL: ¿Y ésta es tu manera de hacerlo?

ALEJANDRA: Todo lo que he hecho lo he hecho para ganarme tu atención.

ISABEL: ¡Qué inmadura eres!

Pausa.

ALEJANDRA: ¿Crees que Victoria, después de saber que yo, la hermana de su mejor amiga, me he acostado con su prometido, te seguirá tratando igual?

ISABEL: No conoces a Victoria.

ALEJANDRA: Claro que no, pero al igual que nosotras es mujer, y tú mejor que nadie sabe que una mujer herida es capaz de cualquier cosa.

ISABEL: ¿Sabes qué? Esta conversación no nos llevará a ninguna parte, así que en lo que a mí respecta, la doy por concluida.

Intenta salir.

ALEJANDRA: ¡Isabel!

ISABEL: ¿Qué?

ALEJANDRA: Si no hablas tú con Victoria, lo haré yo.

ISABEL: Eso también me ha quedado claro.

Sale.

3

*Victoria está sentada en el sofá.
Hojea un catálogo de arreglos florales mientras
bebe de una taza humeante.*

VICTORIA: ¿Vas a venir o no?

ISABEL: *(Voz en off.)* ¡Un momento! Enseguida estoy contigo.

VICTORIA: Llevas más de una hora pegada a esa computadora.

ISABEL: *(Voz en off.)* No exageres. No llevo ni cuarenta minutos.

VICTORIA: No estarás tratando de ligar otra vez por internet, ¿verdad?

ISABEL: *(Voz en off.)* No. Para nada. Estoy chateando con una vieja amiga de la universidad.

VICTORIA: Mmmhhh... *(Pausa.)* Sólo para refrescarte la memoria: te recuerdo que tus últimos ligues por internet han sido un fiasco.

ISABEL: *(Voz en off.)* No, no se me ha olvidado.

VICTORIA: Todos se autocalificaron como diez y, según tú, cuando quedaron, ni el mejor de los casos alcanzó el aprobado.

ISABEL: *(Voz en off.)* Es verdad. Pero te informo de que, según un estudio reciente del *Pew Internet & American Life Project*, el 15% de norteamericanos adultos conoce a alguien que ha iniciado una relación estable por internet, el 31% tiene algún amigo registrado en un portal de contactos y el 61% no cree que estos sitios sean nidos de solitarios y desesperados.

VICTORIA: *(Irónica.)* Uf, es un alivio saberlo.

ISABEL: *(Voz en off.)* Pero te juro que ahora mismo no ando por la labor de ligar con hombres en internet.

VICTORIA: También es bueno saber esto otro.

ISABEL: (Voz en off.) Dame sólo cinco minutitos y estoy contigo, ¿okey?

VICTORIA: De acuerdo.

*Continúa hojeando el catálogo.
De tanto en tanto coge una libreta que tiene a mano y hace anotaciones.
Larga pausa.
Entra Isabel.*

ISABEL: Listo. Soy toda tuya.

VICTORIA: Menos mal que iban a hacer sólo diez minutos.

ISABEL: Tampoco fue más de una hora como has insinuado.

Le quita la taza a Victoria.

VICTORIA: Cuidado. Está caliente.

ISABEL: (Tras beber de la taza.) Y bien, ¿cómo va la elección?

VICTORIA: Hay varios ramos que me gustan, pero todavía no me decido por ninguno.

ISABEL: Déjame ver.

*Se sienta al lado de Victoria.
Victoria le ofrece el catálogo.*

VICTORIA: Quiero algo sencillo. Nada tradicional, pero tampoco demasiado moderno, ¿sabes?

*Isabel hojea el catálogo.
Sin quitarle la vista de encima, bebe de la taza y luego se la pasa a Victoria.
Pausa.*

ISABEL: ¿Algo como esto?

Le muestra el catálogo a Victoria.

VICTORIA: No. Un poco menos moderno.

Isabel hojea el catálogo.

Pausa.

ISABEL: ¿Y así?

Le muestra el catálogo a Victoria.

VICTORIA: Un pelín menos tradicional.

Isabel continúa hojeando el catálogo.

Pausa.

VICTORIA: Déjame mostrarte los que más me han gustado hasta el momento, ¿quieres?

ISABEL: Okey.

Victoria le entrega la taza a Isabel y vuelve a coger el catálogo.

Pausa.

ISABEL: Por cierto, ¿sabes qué me ha contado mi amiga?

VICTORIA: ¿Qué amiga?

ISABEL: Con la que estaba chateando.

VICTORIA: Ah, entonces era verdad que estabas chateando con una amiga...

ISABEL: ¡Pues claro!

VICTORIA: ¿Qué te ha contado?

ISABEL: Que hace unos días se encontró en un centro comercial con una antigua amiga nuestra que teníamos más de quince años sin saber de ella.

VICTORIA: ¿Tanto tiempo?

ISABEL: Ujúm.

VICTORIA: ¿Y eso por qué?

ISABEL: Porque apenas nos graduamos, ella regresó a su pueblo para casarse con su novio de toda la vida y desde entonces le perdimos la pista.

VICTORIA: Entiendo.

ISABEL: Pero antes de irse, nos había prometido que nos invitaría a su boda en cuanto tuviera una fecha definitiva... A nosotras nos hacía mucha ilusión, ¿sabes? Asistir a la boda de nuestra amiga, pero al final, nunca recibimos la susodicha invitación.

VICTORIA: Qué lástima.

ISABEL: Y adivina qué.

VICTORIA: ¿Qué?

ISABEL: No recibimos la invitación porque nunca hubo boda.

A partir de este punto, Victoria deja de hojear el catálogo y comienza a mostrar un interés progresivo en la historia que cuenta Isabel. Por otra parte, Isabel contará su historia como quien tiene una idea clara a dónde quiere llegar, pero en el fondo, se nota que se la va inventando en el camino. Durante los diálogos se van alternando la taza.

VICTORIA: ¿No se casó?

ISABEL: (Negando.) Ah, ah.

VICTORIA: ¿Y entonces?

ISABEL: Bueno, no se casó con el novio de entonces, porque el tipo la dejó por otra.

VICTORIA: ¡Qué miserable!

ISABEL: Ella estuvo mal por bastante tiempo. Incluso necesitó ayuda profesional. Los padres, como eran gente de dinero, hicieron las gestiones necesarias y la mandaron al exterior.

VICTORIA: ¿Al exterior?

ISABEL: Sí.

VICTORIA: ¿A tratarse en el exterior?

ISABEL: No, no.

VICTORIA: ¿Entonces?

ISABEL: Yo qué sé. Quizá por aquello que dice el bolero.

VICTORIA: ¿Qué dice el bolero?

ISABEL: Que la distancia hace el olvido.

VICTORIA: ¿Y la enviaron sola?

ISABEL: ¿Ah?

VICTORIA: Porque en su estado, creo yo, no habría sido lo más conveniente.

ISABEL: No, no, no. La mandaron con unos parientes que tenían por allá afuera.

VICTORIA: Okey.

ISABEL: El asunto es que mientras andaba por aquellos lares, conoció a otro chico y se enamoró.

VICTORIA: No hay mal que por bien no venga.

ISABEL: Así es. Y le cuenta esta otra amiga, a mi amiga del chat, que este chico era supuestamente el hombre perfecto: con un sentido del humor único, siempre la estaba haciendo reír; complaciente, tierno, sin dejar de ser varonil, por supuesto; detallista, sociable, para nada celoso; comprensivo, dado a salir por las noches y pasarlo bien, estupendo conversador, además de, según ella, un excelente polvo.

VICTORIA: ¡Isabel!

ISABEL: En fin: ¡el hombre perfecto!

VICTORIA: Pues sí, si nos atenemos a tan minuciosa descripción...

ISABEL: Y estaba tan enamorada nuestra amiga que, cuando el tipo va y le pide, a los seis meses y medio de conocerse, que se casen, la chama no se lo pensó dos veces y ahí mismo le dijo que sí.

VICTORIA: ¿En serio?

ISABEL: Ujúm.

VICTORIA: ¡Qué casualidad! Les pasó como al Fedex y a mí.

ISABEL: (*Fingiendo sorpresa.*) ¡Ah, Claro! ¡Es verdad! No lo había relacionado.

VICTORIA: ¿Y qué hizo esa mujer en todo ese tiempo?

ISABEL: (*Evidentemente no se espera la pregunta.*) ¿Eh?

VICTORIA: Tu amiga. Seis meses y medio en otro país, sin hacer nada, debe ser de un aburrimiento total.

Breve pausa.

ISABEL: Ah. Perdona. Es que antes me olvidé comentártelo: a los pocos días de llegar al país ese al que la habían enviado sus padres, nuestra amiga se inscribió en un postgrado... Justamente allí fue donde conoció al chico...

VICTORIA: Ya va. ¿Y cómo hizo con los papeles?

ISABEL: ¿Cuáles papeles?

VICTORIA: Sus documentos de estudio: el título universitario, las notas y los pensum de estudio de la carrera respectivamente certificados y apostillados...

ISABEL: Eh...

VICTORIA: En fin, todos esos papeles que a uno le solicitan para estudiar en el exterior.

ISABEL: (*Tras una pausa.*) Supongo que sus padres se los enviarían luego por correo postal, ¿no?

VICTORIA: ¿Así nomás?

ISABEL: O ella se los había llevado desde un principio... (*Perdiendo la paciencia.*) Espera, espera. Te estoy contando algo que me ha contado una amiga a través del chat, no algo que he leído en la prensa, en un libro o he visto por la tele, ¿okey? De modo que no me pidas detalles.

VICTORIA: Perdona. Es que me apasionan los detalles.

ISABEL: Sí, pero yo te estoy hablando del chat... De chisme puro y duro; común y corriente... Encima tú estabas "taquititaqui" todo el tiempo preguntándome cuánto me faltaba para terminar.

VICTORIA: Okey, okey.

ISABEL: ¿Ya? ¿Puedo continuar?

VICTORIA: Desde luego, continúa.

ISABEL: ¿Dónde había quedado?

VICTORIA: En la parte donde el tipo le proponía matrimonio a tu amiga.

ISABEL: Ajá.

Pausa.

VICTORIA: ¿Y?

ISABEL: Espera un poco, que estoy tratando de recapitular.

Pausa.

VICTORIA: ¿Se casaron o no finalmente tu amiga y su Romeo?

ISABEL: Se casaron, sí.

Pausa.

VICTORIA: ¿Pero...?

ISABEL: Antes tuvieron que superar juntos un pequeño *impasse*.

VICTORIA: ¿Un pequeño *impasse*?

ISABEL: Ujúm.

VICTORIA: ¿A qué clase de pequeño *impasse* te refieres?

ISABEL: Unos días previos a la boda...

VICTORIA: ¿Sí...?

ISABEL: Él...

VICTORIA: Ajá...

ISABEL: Le fue infiel con otra.

VICTORIA: ¡¿Qué?!

ISABEL: Pero no fue más que una vez, un momentito de debilidad, de locura, una nadería, pues... De esos instantes fortuitos y confusos en los que cualquiera podemos perder la cabeza y dejarnos llevar por las pulsiones más básicas...

VICTORIA: No te puedo creer.

ISABEL: (*En lo suyo.*) Porque, según las estadísticas, un 56% de los hombres no rechaza una aventura cuando se presenta la oportunidad, aún cuando se trate de varones que, en general, tienen un matrimonio bien avenido...

VICTORIA: ¿Te estás escuchando?

ISABEL: (*Ídem.*)...Además, el prometido de mi amiga le fue infiel con una desconocida, una mujer que no buscaba otra cosa que hacerles daño a ambos. Una descarada, una desvergonzada, mala gente, zorra, bruja, una hija de...

VICTORIA: ¡Isabel!

ISABEL: ¿Ah?

VICTORIA: ¿Te das cuenta que estás tratando de justificar lo injustificable?

ISABEL: Sí.

VICTORIA: ¿Entonces?

ISABEL: Pero luego mi amiga y su prometido hablaron, se arreglaron las cosas y se casaron. Él no le volvió a ser infiel nunca más, tuvieron tres hijos hermosos e inteligentísimos y vivieron felices y comieron perdices.

VICTORIA: No lo creo.

ISABEL: Bueno, eso fue lo que le contó ella a mi otra amiga, la del chat.

VICTORIA: Me refiero a que no puedo creer lo que estoy escuchando salir de tu boca.

ISABEL: Ah.

VICTORIA: Tú, la irreductible defensora de los derechos de la mujer ante los comportamientos machistas, ¿hablando de ese modo?

ISABEL: Bueno...

VICTORIA: ¿No eras tú la que, meses atrás, me aconsejaba que no me casara, que no era necesario, que Federico y yo podíamos vivir juntos sin complicarnos la vida?

ISABEL: Sí, pero...

VICTORIA: Y si veía que las cosas con él no funcionaban, lo dejaba y listo.

ISABEL: Así es.

VICTORIA: ¿Y?

ISABEL: Tú has decidido casarte y complicarlo todo.

VICTORIA: ¿Yo?

ISABEL: Porque estabas, o estás, enamoradísima de Federico.

VICTORIA: Ajá: ¿Y?

ISABEL: Pues que una vez tomada esa decisión, creo que no tienes otra opción que arriar con todo el peso, como las mulas.

VICTORIA: ¿Por qué? Si en cualquier momento podría echarme para atrás y romper el compromiso... (*Pausa.*) Por ejemplo, si yo hubiese estado en el lugar de tu amiga, no me hubiese casado.

ISABEL: ¿No me has escuchado? ¡Se trató sólo de un desliz! El tipo, el prometido de mi amiga, en el

fondo la quería y se lo ha demostrado en todo este tiempo que llevan viviendo juntos.

VICTORIA: ¿Y cómo sabes tú que no la ha vuelto a engañar?

ISABEL: Yo no lo sé. Es ella la que lo dice.

VICTORIA: Si la engañó una vez lo volverá a hacer.

ISABEL: Eso no lo sabemos.

VICTORIA: Amiga, cito tus propias palabras: "Las mujeres somos capaces de fingir un orgasmo, pero los hombres pueden fingir toda una vida".

ISABEL: ¿Yo dije eso?

VICTORIA: Ajá.

ISABEL: Bueno, lo importante es que ahora mismo mi amiga y su pareja se aman y son felices.

VICTORIA: ¿Cómo se puede volver a confiar en tu pareja luego de una traición como esa?

ISABEL: ¿No te parece que "traición" es una palabra muy fuerte para referirse a un simple desliz?

VICTORIA: Una infidelidad es una traición y no vengas tú a maquillar las cosas.

ISABEL: A ver, contéstame algo.

VICTORIA: Dime.

ISABEL: Tú amas a Federico y Federico te ama a ti, ¿no es cierto?

VICTORIA: Sí.

ISABEL: Ambos se la llevan tan bien juntos que han decidido, de mutuo acuerdo, pasar a un nivel superior en la relación y es por eso que van a casarse, ¿no es así?

VICTORIA: Ajá.

ISABEL: En definitiva: se aman y son felices.

VICTORIA: Muy felices.

ISABEL: Okey, aquí va mi pregunta: en un supuesto negado que Federico tuviera un desliz con...

VICTORIA: Que me fuera infiel, que me engañara y traicionara con otra. Llama las cosas por su nombre.

ISABEL: Perdón. "Que te fuera infiel, que te engañara y traicionara con otra"... En ese supuesto caso: ¿mandarías todo al carajo a pesar de lo bien que te sientes a su lado? ¿De lo que han construido juntos hasta el día de hoy? ¿De que hacen una bonita pareja y su futuro juntos luce por lo menos prometedor?

VICTORIA: ¿Qué clase de pregunta es esa?

ISABEL: Una simple pregunta.

VICTORIA: A ver. Déjame entender algo... Te pido que me ayudes a escoger el ramo que voy a usar en el día de mi boda, que está a la vuelta de la esquina, y en lugar de eso tú te pones a contarme historias raras, de mal gusto, y a hacerme preguntas fuera de contexto... ¿Acaso quieres arruinarme estos días de felicidad?

ISABEL: No, no, no. De ninguna manera, amiga.

VICTORIA: Tú conoces tan bien como yo a Federico. Sabes que él sería incapaz de un acto tan bajo, ruin y mezquino como ese que le hizo su prometido a tu amiga.

ISABEL: Es cierto. Totalmente de acuerdo contigo. ¿Cómo se me ha podido ocurrir? ¿En qué estaría pensado?

VICTORIA: Entonces, por qué no dejamos a un lado este temita de tu amiga, tan desagradable, y nos centramos en lo que nos debiera ocupar: el ramo de mi boda.

ISABEL: Tienes toda la razón, Vicky. Olvida lo que te he dicho, ¿okey?

VICTORIA: Es lo que pienso hacer.

ISABEL: Volvamos entonces a tu ramo.

*Victoria abre de nuevo el catálogo.
Isabel mira al techo, se muerde los labios; hace
gestos de impotencia.*

VICTORIA: Mira. Éste, por ejemplo, es uno de los que más me han gustado.

ISABEL: ¡Ay, qué bonito!

4

Victoria está sentada a la mesa del comedor. Hojea su agenda personal a la vez que hace anotaciones en una libreta. Entra Isabel, lleva puesto un delantal y una fuente con ensalada en las manos.

ISABEL: Deja ya de revisar esa bendita agenda, ¿quieres?

Pone la fuente sobre la mesa.

VICTORIA: Es que tengo la sensación de que se me está quedando algo por fuera.

ISABEL: Eso sería casi que imposible, querida, porque tienes más de una hora saltando de tu dichosa agenda a esa otra libreta y viceversa.

Sale y al rato vuelve a entrar con otra fuente y platos.

VICTORIA: ¿Por qué casarse será tan complicado? Y eso que por lo general las partes involucradas están de acuerdo en casi todo, ¿verdad?

ISABEL: Por ejemplo, justo aquí yo podría aprovechar tu comentario y decir: "te lo advertí", pero no lo voy a hacer.

VICTORIA: Gracias.

ISABEL: Además, si el matrimonio te parece complicado, imagínate el divorcio, que por lo general ninguna de las partes involucradas suelen estar de acuerdo en casi nada.

VICTORIA: Isabel...

ISABEL: Por cierto, ¿sabías que, según las estadísticas, el 25,19% de los divorcios se produce entre parejas que llevan casadas menos de cinco años?

Sale y al rato vuelve a entrar con lo que le faltaba para la cena.

VICTORIA: ¿Por qué de unos días para acá no paras de hacer comentarios mordaces con relación al matrimonio?

ISABEL: Para que espabiles, querida, para que espabiles. ¡Listo! Ya podemos cenar.

Se quita el delantal.

VICTORIA: Mmmh... Huele muy bien. ¿Qué has preparado?

ISABEL: (*Señalando las fuentes.*) Como entrante, ensalada de langostinos, queso de cabra y frutos secos con aderezo de miel y mostaza; de plato principal, una crema de calabacín y puerro con falsa tocineta ahumada.

VICTORIA: ¡Qué rico!

ISABEL: Todo *súper lighth* para que mañana en tu última prueba del vestido no pases ningún susto.

VICTORIA: ¡Coño!

ISABEL: ¿Qué?

VICTORIA: Sabía que se me había pasado algo.

ISABEL: ¿Qué se te ha pasado?

VICTORIA: Tenía que llamar a la señora Concepción para cambiar la cita de mañana, porque justo me chocaba con la prueba del vestido.

ISABEL: No pasa nada. Mañana la llamamos bien temprano y ya está.

VICTORIA: Se va a cabrear.

ISABEL: Ya tendrá que contentarse otra vez, no te preocupes. Ahora quitemos todo esto de aquí (*Aparta libreta, agenda, lápices y resaltadores y las otras cosas que tenía Victoria sobre la mesa.*), porque vamos a hincarle el diente y disfrutar de esta deliciosa cena que he preparado con mucho cariño para ambas.

VICTORIA: Okey.

Isabel se sienta a la mesa.

ISABEL: ¿Te sirvo vino?

VICTORIA: Por favor.

ISABEL: Buen provecho.

VICTORIA: Buen provecho.

Comen.

ISABEL: ¡Uy! Qué rica me ha quedado la ensalada, ¿verdad?

VICTORIA: Divina.

Entra Alejandra.

ALEJANDRA: Caramba. Parece que he llegado a buena hora, ¿no? Más oportuna, imposible. ¡Con el hambre que tengo!

Isabel no disimula su enojo.

Victoria, con discreción, intenta tranquilizarla.

ALEJANDRA: (*Cínica.*) No, no, no. No se molesten, por favor. Permanezcan allí sentaditas. Yo misma puedo ir por mis platos y cubiertos. Gracias de todos modos. Vuelvo enseguida.

Sale.

ISABEL: ¿Y a ésta quién la ha invitado a sentarse a la mesa?

VICTORIA: Tú tranquila. No pierdas la calma con ella, por favor. Vamos a tratar de cenar las tres en santa paz, ¿okey?

ISABEL: ¿Pero no la has oído?

VICTORIA: Sí. Sé lo que ha dicho.

ISABEL: Siempre con su caradura y su cinismo.

VICTORIA: Sin embargo, prométeme que te vas a portar bien y le vas a tener paciencia a tu hermana. Prométeme que vas a hacer todo lo posible por no

perder los nervios y no vas a convertir nuestra
cena en una batalla campal.

ISABEL: Me pides demasiado.

VICTORIA: Hazlo por mí, por favor.

ISABEL: ...

VICTORIA: Prométemelo, Isabel, por lo que más quieras.

ISABEL: De acuerdo, de acuerdo. Te lo prometo.

VICTORIA: ¡Gracias!

*Entra de nuevo Alejandra.
Trae platos y cubiertos.*

ALEJANDRA: Ya estoy de vuelta. ¿Y qué? ¿Disfrutando de la
cena? ¿Está rica? A ver qué tenemos aquí.

Le echa un vistazo a las fuentes.

ALEJANDRA: ¿Y esto es todo lo que hay para cenar? ¿O es que
acaso hay más en la cocina? No me he fijado...
Ah, ya entiendo... Éstos son sólo los entrantes,
¿verdad?

ISABEL: Pero qué hija...

*Victoria le da una patada por debajo de la mesa a
Isabel para que se calle.*

VICTORIA: (A Alejandra.) Tu hermana tuvo la amabilidad de
prepararme esta cena ligera porque mañana voy a
medirme el vestido de boda.

ALEJANDRA: Ah. Ya entiendo. Lo que está sobre la mesa es
todo lo que hay para cenar.

VICTORIA: Así es.

ALEJANDRA: Bueno, ni modo, comeré como las cabras del
monte. (A Victoria.) Y tú no te ofendas, por
favor.

*Alejandra se sirve ensalada y vino y luego se
sienta a la mesa.
Las tres comen.*

Silencio.

ALEJANDRA: A propósito, hermanita, ¿le has contado ya a Victoria sobre aquel asunto?

VICTORIA: (A Alejandra.) ¿Qué asunto?

Isabel le suplica, le hace gestos desesperados a Alejandra para que no hable.

ALEJANDRA: Aaaah... Ya veo por qué todo continúa en calma y armonía: no le has dicho nada aún.

VICTORIA: (A Isabel.) ¿De qué habla tu hermana?

Isabel se atiborra la boca de ensalada para no hablar, sólo le hace gestos a Victoria de que no tiene la más peregrina idea.

ALEJANDRA: Isabel es así, habladora como ninguna para ciertas cosas, pero para otras es tan elocuente como una tumba. ¿Verdad, hermanita? Pero no te preocupes, Victoria, yo te voy a poner al tanto, te lo voy a contar todo...

ISABEL: (Escupiendo la comida que tiene en la boca.)
¡Alejandra, no!

ALEJANDRA: (A Isabel.) Tuviste el tiempo suficiente para decírselo y no lo has hecho. Ahora es mi turno.

ISABEL: ¡Por favor!

VICTORIA: Pero ¿cuál es el misterio? (A Alejandra.) A ver: ¿qué es lo que tengo que saber?

ALEJANDRA: (De lo más natural.) Que el día de tu despedida de soltera me fui a la cama con tu prometido.

*Largo silencio.
De pronto Victoria coge su copa de vino y le lanza el contenido a Alejandra.*

ALEJANDRA: (Levantándose de la mesa en el acto.) ¡Hija de la grandísima...! ¡Esta era mi blusa favorita!

Sale.

ISABEL: Se lo merecía.

Victoria coge su vaso de agua y lo derrama sobre Isabel.

ISABEL: ¡Ay!

*Victoria se levanta de la mesa.
Pausa.*

ISABEL: Creo que también yo me lo merecía...

Silencio.

VICTORIA: ¿Por qué?

ISABEL: Déjame explicarte...

VICTORIA: Te consideraba mi mejor amiga.

ISABEL: Y claro que sigo siendo tu mejor amiga.

VICTORIA: Pero ibas a dejar que me casara con Federico aun sabiendo que me ha montado los cuernos con tu hermana.

ISABEL: Te repito que puedo explicártelo...

VICTORIA: Al final lo consideras a él más amigo tuyo de lo que en realidad lo soy yo.

ISABEL: No digas eso.

VICTORIA: Entonces, ¿por qué me has ocultado una cosa tan grave como esta?

ISABEL: Si te calmas, y me permites hablar, puedo explicártelo.

*Se levanta de la mesa.
Silencio.*

ISABEL: En cuanto lo supe, traté de decírtelo enseguida.

VICTORIA: ¿Y por qué no lo hiciste?

ISABEL: Sabía que iba a ser algo doloroso para ti... Quería encontrar tanto el momento apropiado como las palabras justas...

VICTORIA: No existen ni el momento apropiado ni las palabras justas para hablar de una cosa así.

ISABEL: Lo sé, lo sé. (*Pausa.*) Estos últimos días han sido un verdadero suplicio para mí.

VICTORIA: Di la verdad. Intentabas protegerlo a él.

ISABEL: No, Vicky. Te...

VICTORIA: ¡No me llames Vicky!

Silencio.

ISABEL: Te juro que he intentado contártelo en varias oportunidades. Te lo juro.

VICTORIA: Pero no lo hiciste.

ISABEL: No, quizá porque nunca he llegado a reunir el valor suficiente. Temía a tu reacción y a las decisiones que pudieras tomar una vez que lo supieras.

VICTORIA: ¿Cómo cuáles?

ISABEL: Como mandar todo al carajo.

VICTORIA: ¿Y tengo otra alternativa?

ISABEL: Tienes una. Habla con Federico y trata de aclarar las cosas.

VICTORIA: ¿Aclarar las cosas? ¡Pero qué dices! ¡Si está todo clarísimo!

ISABEL: Por favor, Victoria. No te dejes llevar por la rabia y el dolor del momento.

VICTORIA: ¿Qué?

ISABEL: Tienes que ser más sensata, más madura.

VICTORIA: Un momento... Hablas como si hubiera sido yo la que por unos minutos de placer hubiera mandado al carajo una relación que prometía.

ISABEL: Tienes que conversar con Federico, enfrentarlo, exigirle una explicación...

VICTORIA: ¿Tú has hablado con él?

ISABEL: Sí. Y está muy arrepentido.

VICTORIA: ¿Arrepentido? Pero aún así el muy cabrón no se ha atrevido a hablarme del asunto.

ISABEL: Yo le pedí que no lo hiciera, que me dejara conversar contigo primero.

VICTORIA: ¡Lo sabía! ¡Estás de su parte!

ISABEL: No estoy de su parte. Aunque no lo quieras ver, estoy de *tu parte*.

VICTORIA: Sí, claro. Se nota.

Silencio.

ISABEL: Tal vez fue un error de mi parte pedirle a Federico que no hablara contigo hasta que yo lo hubiera hecho, pero no quería que por una decisión visceral destruyeras tu vida.

VICTORIA: ¿Una decisión visceral?

ISABEL: Eso sería si te niegas a conversar con Federico y mandas todo a la mierda.

VICTORIA: ¿Y qué pasa con mi dignidad? ¿Con mi amor propio? ¿Con este dolor que estoy sintiendo ahora mismo? ¿Acaso a esos sí los puedo mandar a la mierda?

ISABEL: Toda elección implica una renuncia.

VICTORIA: ¡No me vengas con frases hechas!

Largo silencio.

ISABEL: Voy a contarte algo sobre mí que no te había contado antes. Y no lo había hecho porque es un episodio doloroso de mi pasado que me prometí a mí misma olvidar, borrar por completo... Pero en vista de la situación... (*Pausa.*) Cuando tenía 28 años estuve a punto de casarme...

VICTORIA: ¿Tú?

ISABEL: Yo. Aunque te parezca algo increíble. (*Pausa.*) Ya para entonces mamá estaba muy enferma. Vivíamos con la abuela Vera y tía Sofía. Yo y tía Sofía éramos las únicas que trabajaban. En aquel tiempo Alejandra era una adolescente de 12 o 13 años, pero con cuerpo de mujer, casi tan hermosa y despampanante como es ahora. (*Pausa.*) Mi novio se llamaba Humberto. Era un chico guapo, noble y maravilloso. Todos en casa lo adoraban. Especialmente yo. Estaba loca por él. A causa de la enfermedad de mamá, llevábamos meses postergando la fecha de la boda, pero un día nos dimos cuenta de que no podíamos continuar así, de que lo mejor era fijar una fecha y que fuera lo que Dios quisiera. Una noche, poco después de fijar la fecha y comunicarla en casa, al llegar del trabajo, encontré a Alejandra llorando en la habitación. Le pregunté qué le pasaba y al principio no quiso decírmelo, luego accedió a hablar si yo le prometía que no se lo contaría a nadie. Eso hice. Lo que vino a continuación partió mi vida en dos, en un antes y un después... Ya sé que suena a frase hecha, a lugar común, pero no encuentro mejor manera de expresarlo... Alejandra me dijo que Humberto, mi novio, había abusado de ella. Te podrás imaginar cómo me sentí. El suelo se abrió bajo mis pies y el cielo se me vino encima. Las siguientes horas ella y yo la pasamos llorando en nuestra habitación, encerradas, para que los demás en la casa no se enteraran.

VICTORIA: Dios mío. Qué horrible.

ISABEL: Al día siguiente llamé a Humberto por teléfono. Lo insulté y le dije que no quería volver a verlo nunca más en mi vida. Que si se acercaba a Alejandra, a mí o a cualquier otra mujer de mi familia, lo denunciaría a la policía. Él me dijo que estaba siendo muy injusta, al acusarlo de aquella manera, sin tener pruebas, sin permitirle que se defendiera, sin siquiera darle chance a explicarse... Yo le dije que me valía la palabra de mi hermana. Me negué a seguir escuchándolo y le colgué.

VICTORIA: ¿No lo denunciaste?

ISABEL: No me atreví.

VICTORIA: ¿Por qué?

ISABEL: Porque no quería que se armara un escándalo gordo con todo aquello que terminara llevándose a la tumba a mamá antes de lo previsto.

VICTORIA: Una decisión difícil.

ISABEL: Espera. Hay más. Humberto no me hizo caso y siguió insistiendo para que lo escuchara. Iba a la casa, me dejaba cartas que yo tiraba a la basura sin leer. Tuve que inventarme el cuento que ya no lo quería, que no me importaba, para que mi familia no sospechara la verdadera causa de nuestro rompimiento. Incluso les prohibí que lo dejaran entrar en la casa.

VICTORIA: ¿Y te creyeron?

ISABEL: No sé, pero lo que sí te puedo decir es que todas respetaron mi decisión.

VICTORIA: Qué miserable son los hombres.

ISABEL: Aún no he terminado.

VICTORIA: ¿Hay más?

ISABEL: Hay más. Al final Humberto se dio por vencido. Dejó de rondar la casa y mi trabajo; de llamarme y enviarme cartas. Cuando al poco tiempo murió mamá, ni se apareció. No supe más de él hasta muchos años después, cuando me lo encontré en un centro comercial.

VICTORIA: ¿Y qué hiciste tú?

ISABEL: Nada. Fue él el que se me acercó.

VICTORIA: ¡Qué caradura!

ISABEL: Se había casado. Andaba con su esposa y su pequeño de 2 años.

VICTORIA: ¡Qué cínico!

ISABEL: A los tres se les veía muy felices.

VICTORIA: ¡Puro teatro!

ISABEL: "Esta es Isabel", le dijo a su esposa al presentarnos...

VICTORIA: ¿Le había hablado de ti?

ISABEL: ..."Isabel, esta es mi esposa, la madre de mi hijo y la mujer que ahora amo"...

VICTORIA: ¡Desgraciado!

ISABEL: ..."Y precisamente por ellos, y ante ellos, que son lo que más quiero en este mundo, te juro que nunca abusé de tu hermana"...

VICTORIA: ¡¿Qué?!

ISABEL: Pues eso, que Humberto no había abusado de Alejandra.

VICTORIA: No puede ser.

ISABEL: Aquel día en el centro comercial me enteré de que él nunca le había puesto un dedo encima a mi hermana. Y yo no quise escucharlo porque me dejé llevar por la rabia y el dolor.

VICTORIA: Entonces ¿tu hermana se lo inventó todo?

ISABEL: Así es.

VICTORIA: ¿Por qué?

ISABEL: Porque tenía miedo de que yo, al casarme con Humberto, me olvidara de ella, de que la abandonara cuando muriera mamá. Aquella fue su manera de que yo no me fuera de casa. Me lo confesó entre lágrimas esa misma noche, cuando llegué del centro comercial y la obligué a que me dijera la verdad.

VICTORIA: Dios santo.

Silencio.

ISABEL: Victoria: conseguir al compañero adecuado, "nuestra media naranja", como ridículamente se suele decir, supone un gran esfuerzo o una gran fortuna... Yo lo tuve y lo dejé escapar en un arranque de dolor y rabia.

VICTORIA: ¿Cómo estoy haciendo yo ahora? ¿Eso crees?

ISABEL: Es probable. Por eso he querido contarte mi historia.

VICTORIA: Pero Humberto no era culpable de nada, en cambio Federico...

ISABEL: Federico te ama.

VICTORIA: ¡Pero me ha engañado con tu hermana!

ISABEL: Alejandra se acostó con él porque estaba celosa de ti, porque veía que yo mostraba más afecto hacia ti que hacia ella. Sigue siendo así de infantil. Además, no quería que ustedes se quedaran con el apartamento.

VICTORIA: Y él tuvo que haberse negado y no lo hizo.

ISABEL: Es cierto. Pero también es verdad que podrías darle una oportunidad para que se explique, para que te dé sus razones...

VICTORIA: Nunca debió de irse a la cama con tu hermana ni con ninguna otra.

ISABEL: Si me lo permites, creo que subestimas el poder de seducción de Alejandra. Si le interesara y se lo propusiera, sería capaz de llevarse a la cama al mismísimo Papa.

VICTORIA: Las tácticas de seducción de tu hermana me traen sin cuidado. Es de la confianza y la capacidad para ser fiel de Federico de lo que estamos hablando aquí.

ISABEL: Tienes razón. Pero no es conmigo sino con él que deberías discutirlo, ¿no te parece?

Silencio.

VICTORIA: ¿Crees que merezca la pena?

ISABEL: Estoy segura. Si después de escucharlo te mantienes en tu posición de mandarlo todo al carajo, yo seré la primera en apoyarte. Si luego de hablar con él, no te sientes segura de que puedas perdonarlo, pasar página y olvidar, entonces lo mejor será que rompan.

VICTORIA: Si te soy sincera, ahora mismo el dolor y la indignación son muchas, Isabel.

ISABEL: Somos las decisiones que tomamos. Nuestra vida la vamos construyendo con nuestros propios aciertos y equivocaciones... Pero, por favor, no te dejes llevar por el dolor y tu indignación de ahora, no permitas que estas emociones te nublen la mente y cometas el error que yo cometí. Tómate tu tiempo para pensarlo y, cuando estés más calmada, toma entonces tu decisión escuchando más al corazón que a tu cabeza.

5

*Sonidos de llaves y cerraduras.
Entra Alejandra.*

ALEJANDRA: ¡Me hago pis!

Atraviesa el escenario como una exhalación y sale por el lateral opuesto.

Pausa.

Entra Isabel.

Lleva puesto un elegante vestido de noche y un ramo de flores en las manos.

ISABEL: Volviste a dejar las llaves pegadas en la puerta. ¡Cuándo aprenderás!

Saca las llaves y, junto con el ramo, los coloca sobre la mesita enana de la sala.

De pie, quejándose un poco, se quita los zapatos de tacón alto.

ISABEL: (A los zapatos.) ¿Cómo pueden portarse tan mal conmigo después de lo que he pagado por ustedes? (Pausa, como esperando respuesta de los zapatos.) Claro. Porque son zapatos. Entiéndase bien: de género masculino. Si fueran sandalias, seguramente otro gallo cantaría.

Entra Alejandra.

ALEJANDRA: ¿Hablando con tus zapatos?

ISABEL: ¡Has vuelto a dejar las llaves pegadas en la puerta!

ALEJANDRA: Pero si tú venías justo detrás...

ISABEL: A ver qué excusa pones cualquier día de estos que entremos y no encontremos nada en el apartamento.

ALEJANDRA: No exageres.

ISABEL: Si no exagero. Con lo desatada que anda la delincuencia en estos días, más bien es un milagro que no nos haya ocurrido antes.

ALEJANDRA: Por lo menos ya no pierdo las llaves como al principio, cuando estaba recién llegada.

ISABEL: Pero las dejas pegadas a la puerta, por la parte de afuera, que es mucho peor.

ALEJANDRA: Te prometo que no volverá a pasar.

ISABEL: No hagas promesas que no sabes si vas a cumplir.

ALEJANDRA: No seas cruel. Ya te he demostrado que cuando me lo propongo puedo cambiar. ¿O acaso no he cambiado mucho en este último año?

ISABEL: Eso es verdad. Aunque te recuerdo que el mérito no es sólo tuyo.

ALEJANDRA: Por supuesto que no. Tú también has contribuido.

ISABEL: Así está mejor.

ALEJANDRA: Ya verás que de aquí en adelante no me dejas las llaves en la puerta.

ISABEL: Eso espero, por el bien de las dos.

Alejandra coge el ramo de flores.

ALEJANDRA: ¿Verdad que ha estado linda la boda de Pilar?

ISABEL: Hermosa y muy movida.

ALEJANDRA: (*Irónica.*) Sobre todo cuando la abuelita del novio resbaló y cayó a la piscina.

ISABEL: Y, como en las películas, enseguida dos borrachines se lanzaron en clavado para rescatarla.

ALEJANDRA: ¡Uy!

ISABEL: Mala suerte para ellos que antes no se hubieran percatado de que era la zona más llana de la piscina.

ALEJANDRA: ¡Vaya tortazo que se dieron los pobrecitos!

ISABEL: A pesar de la borrachera, te aseguro que no olvidaran en años esos clavados.

ALEJANDRA: Desde luego que no.

ISABEL: Aunque lo peor para ellos vino después.

ALEJANDRA: ¿Lo peor?

ISABEL: Cuando la abuelita del novio los ayudó a salir de la piscina.

ALEJANDRA: ¡Ay! Es cierto. Se me había olvidado esa parte.

Ríen.

ISABEL: Para su desgracia y vergüenza nadie más quiso lanzarse al agua.

ALEJANDRA: Quizá pensaron que con los novios era más que suficiente.

Ríen.

ALEJANDRA: Pilar lucía súper elegante embutidita en su vestido de novia, ¿no es cierto? Hasta se veía mucho más joven y menos gordita.

ISABEL: Alejandra...

ALEJANDRA: ¡Pero si es la verdad!

ISABEL: Te he dicho que no me gusta que hables de la edad y los defectos físicos de mis amigas. Al menos no en mi presencia.

ALEJANDRA: Si no lo digo por maldad o burla, todo lo contrario. Es un cumplido.

ISABEL: ¡Dios me libre de tus cumplidos!

ALEJANDRA: Mira que hay que tener buena estrella para casarse a los 45 años.

ISABEL: No es buena estrella sino pura y absoluta perseverancia.

ALEJANDRA: Y el marido está guapísimo.

ISABEL: ¿Te ha parecido guapo Roberto?

ALEJANDRA: ¿A ti no?

ISABEL: Cómo se ve que has cambiado. Dos años atrás ni te hubieras fijado en un hombre como él.

Pausa.

Alejandra huele el ramo de flores.

ALEJANDRA: (*Pícaro.*) ¿Y qué me dices de ti? ¿Todavía perseveras?

ISABEL: ¿Perdón?

ALEJANDRA: Que si aún sueñas con casarte algún día.

ISABEL: No todas hemos nacido para pasar por un altar.

Le quita el ramo de flores a Alejandra, lo mete en un florero y lo pone sobre la mesa del comedor.

ALEJANDRA: Y aún así, a las últimas bodas que nos han invitado, casi siempre sales premiada con el ramo de la novia.

ISABEL: Eso sí que es pura suerte.

Breve pausa.

ALEJANDRA: ¿Te puedo preguntar algo?

ISABEL: Por supuesto.

ALEJANDRA: ¿Cómo es que en todos estos años no has encontrado un tipo que te guste como para casarte con él?

ISABEL: Los ha habido. Sólo que el matrimonio es cosa de dos.

ALEJANDRA: ¿Quieres decir que en todos estos años no ha habido un solo hombre que te proponga matrimonio?

ISABEL: Bueno, no exactamente...

ALEJANDRA: ¿Entonces?

ISABEL: Digamos que los que me han propuesto matrimonio, no cumplían mis expectativas.

ALEJANDRA: ¿Tan altas son?

ISABEL: No, para nada. Sólo tengo una.

ALEJANDRA: ¿Cuál?

ISABEL: Que me hagan feliz.

ALEJANDRA: (*Irónica.*) ¡Guau! Tú sí que estás clara.

ISABEL: Bueno, puede que suene un poquito abstracto, pero al menos sé qué tipo de hombre no quiero a mi lado.

ALEJANDRA: ¿Por ejemplo?

ISABEL: Eh... Por ejemplo... Por ejemplo... ¡El tipo autista deportivo!

ALEJANDRA: ¿El autista deportivo?

ISABEL: Ajá.

ALEJANDRA: ¿Y ése cuál es?

ISABEL: El que se sienta frente a la tele durante la transmisión de algún programa deportivo y no te habla, no te oye, ni reacciona a ninguno de tus estímulos.

ALEJANDRA: (*Ríe.*) ...

ISABEL: O el tipo muchacho-empaquetador-de-supermercado.

ALEJANDRA: ¿Y ése?

ISABEL: El que, tras mucho pedírselo, cuando te acompaña de compras, sólo te sirve para cargar con las bolsas.

ALEJANDRA: (*Ríe.*) ...

ISABEL: O el tipo piromaníaco.

ALEJANDRA: ¿Y ese otro cuál es?

ISABEL: El que te enciende y cuando te vas a la cama con él, luego no sabe, no consigue o no le interesa en lo absoluto apagarte.

ALEJANDRA: (Ríe.) ¡Qué ocurrencias tienes!

ISABEL: También están los confusos irredentos, los separados arrepentidos, los compromiso-fóbicos, los celosos-controladores, los mamitis-dependientes, los competidores natos, los yo-yo-yo-yo-yo, los con-mis-panas-no-te-metas, los tareas-de-casa-fóbicos y para de contar.

ALEJANDRA: ¡Qué lista más larga!

ISABEL: Y no son todos, ¿eh? Hay muchos más. Estos son apenas algunos ejemplos del tipo de hombre que no quiero dejar entrar en mi vida. Además, estoy tan a gusto como estoy, que para cambiar de estado, la oferta tiene que ser extremadamente atractiva y tentadora.

ALEJANDRA: Algún día ese hombre que esperas tocará a tu puerta.

ISABEL: ¿Y por qué supones que espero a alguien?

ALEJANDRA: No sé. Quizá porque en el fondo yo sí que creo en el hombre ideal.

ISABEL: Yo en cambio prefiero divertirme con los equivocados, antes que ponerme a esperar por el hombre ideal.

ALEJANDRA: A mí sí que me encantaría conocer a un buen hombre, enamorarme locamente de él y, por fin, casarme y formar una familia.

ISABEL: Esa sí que es toda una proeza, hermanita, y, según las estadísticas, algo muchísimo más difícil de lo que el común de la gente piensa. Pero tú eres aún muy joven para casarte.

ALEJANDRA: La abuela Vera decía que las mujeres debíamos casarnos antes de los treinta, ¿recuerdas?

ISABEL: El mundo ha girado mucho desde que la abuela Vera era una jovencita, gracias a Dios. Ya la

barrera de los treinta no tiene por qué asustar a ninguna mujer. Hay un montón de cosas que deberíamos hacer antes de casarnos.

ALEJANDRA: Pero a mí no me gustaría casarme a los 45 como tu amiga Pilar.

ISABEL: *(En lo suyo.)* Por ejemplo, la mayoría de mis amigas se han casado después de los treinta. Además, Alejandra, te repito que el matrimonio no es algo que se pueda planificar en solitario. Para eso...

ALEJANDRA: *(En coro con Isabel.)* "Hacen falta dos".

ISABEL: Y si no nos casamos, tampoco pasa nada. No necesitamos estar casadas o ser madres para sentirnos completas. En estos momentos yo me siento una mujer súper completa y feliz.

ALEJANDRA: Pero yo sí quiero marido y tener hijos.

ISABEL: No pienses en eso, ¿okey? Tienes toda una vida por delante. Recuerda nuestro trato. Por ahora debes enfocarte en los estudios, terminar tu carrera y prepararte como es debido para ser una persona independiente.

ALEJANDRA: Lo sé. En eso estoy clarísima. Pero después me gustaría poder casarme como lo hizo tu amiga Victoria. Por cierto, ¿has tenido últimamente noticias de ella?

ISABEL: Justamente ayer chateamos un rato. Me envió una foto del bebé. Está enorme, bello, el condenado... ¡Para comérselo!

ALEJANDRA: ¿En serio?

ISABEL: También me dijo que a Federico lo van a promover en el trabajo.

ALEJANDRA: ¿Tan rápido?

ISABEL: Ajá.

ALEJANDRA: ¿Cuánto hace que se fueron?

ISABEL: Hará unos ocho meses.

ALEJANDRA: Ni un año y van como el rayo.

ISABEL: Ella y Federico son muy buenos en sus respectivas áreas. Lástima que ella, por lo del bebé, no pueda trabajar aún.

ALEJANDRA: Pero no estará pensando abandonar su carrera para dedicarse al bebé y a la casa, ¿verdad?

ISABEL: Desde luego que no. Victoria no tiene vocación de ama de casa. Tal vez de madre sí, pero de ama de casa, no. Además, es una enamorada de su profesión. Según me ha dicho, va a esperar que el bebé esté un poco más grandecito para empezar a buscar trabajo.

ALEJANDRA: ¿En qué ciudad de Canadá es que están viviendo?

ISABEL: Montreal.

ALEJANDRA: ¡Qué maravilla!

ISABEL: Este año, sea como sea, voy a visitarlos.

Pausa.

ALEJANDRA: Y pensar que yo estuve a punto de estropeárselo todo.

ISABEL: Eso es agua pasada.

ALEJANDRA: Un día de estos me gustaría al menos escribirle un email. Claro, cuando tú finalmente te decidas a darme la dirección de su correo electrónico.

ISABEL: No insistas.

ALEJANDRA: Es sólo para decirle lo mucho que me arrepiento de aquello, contarle que he cambiado, que ahora soy otra persona.

ISABEL: Ella lo sabe.

ALEJANDRA: Supongo que tú se lo habrás contado todo. Pero a mí me gustaría que lo sepa por mí misma.

ISABEL: Hay cosas que es mejor dejarlas como están.

ALEJANDRA: Pero...

ISABEL: Ella te perdonó y eso es lo único que por ahora debe importarte, ¿okey?

ALEJANDRA: De acuerdo.

Pausa.

ALEJANDRA: Tú amiga Victoria parece de otro planeta.

ISABEL: Sólo es una mujer súper centrada, que sabe muy bien lo que quiere y no invierte energías en sentimientos negativos.

ALEJANDRA: Pues para mí es realmente un "mujerón".

ISABEL: Me alegra saber que también hayas cambiado tu definición de "mujerón".

ALEJANDRA: Me encantaría un día llegar a ser como ella.

ISABEL: Tú eres tú. Así como yo soy yo y ella es ella.

ALEJANDRA: (*Irónica.*) ¡Guau! ¡Admiro tu filosofía!

ISABEL: En cambio a mí sigue chocándome, y mucho, esa ironía gratuita tuya. Deberías continuar limándola otro poco, ¿quieres?

ALEJANDRA: Okey, okey.

Pausa.

ISABEL: ¿No tienes hambre?

ALEJANDRA: Pues sí.

ISABEL: Qué tal si preparas un par de sándwiches de atún. De esos ricos que tú haces.

ALEJANDRA: Sin cebolla.

ISABEL: Por supuesto.

ALEJANDRA: ¿Ves como ya voy conociendo tus gustos?

ISABEL: Sigue esforzándote que vas por buen camino.

ALEJANDRA: ¡Te quiero!

Se le echa encima a Isabel y le da un beso y un abrazo.

Isabel se queda muda.

ALEJANDRA: ¡Salen dos sándwiches de atún sin cebolla!

Sale.

Breve pausa.

ISABEL: Al tuyo, si quieres, puedes ponerle cebolla.

Se sienta en el sofá.

ALEJANDRA: *(Voz en off.)* Okey.

ISABEL: Tampoco le pongas sal al mío.

ALEJANDRA: *(Voz en off.)* Ya lo sé. No te preocupes.

ISABEL: Es por la dieta.

ALEJANDRA: *(Voz en off.)* ¿Tampoco quieres mayonesa?

ISABEL: ¡Mayonesa sí! Pero solo un poco.

ALEJANDRA: *(Voz en off.)* Okey.

Breve pausa.

ALEJANDRA: *(Voz en off.)* ¿Jugo de naranja o cerveza?

ISABEL: Jugo de naranja.

Pausa.

Al rato vuelve a entrar Alejandra con una bandeja, platos y vasos.

ALEJANDRA: *(Voz de camarera.)* La especialidad de la casa para las señoras...

Pone la bandeja sobre la mesa enana.

ALEJANDRA: Sándwich de atún con nada de sal y poca mayonesa para ti, y con full mayonesa, sal y cebolla para mí.

ISABEL: Gracias.

ALEJANDRA: Jugo de naranja para ti y cerveza para mí.

Se sienta al lado de Isabel.

Comen.

Breve silencio.

ALEJANDRA: ¿Sabes? Estos momentos no dejan de trasladarme inevitablemente a la infancia. Cuando eras tú la que preparabas los sándwiches para nuestra cena.

ISABEL: ¿Ah, sí?

ALEJANDRA: Entonces eran de jamón y queso.

ISABEL: Lo recuerdo. Tú me pedías que a tu pan le quitara la corteza.

ALEJANDRA: Porque no me gustaba. Me raspaban el paladar y la garganta. Se sentía horrible.

ISABEL: Pero gracias a Dios también eso ya lo has superado, ¿no?

ALEJANDRA: Contigo he superado muchas cosas.

Las luces comienzan a descender.

Isabel y Alejandra continúan su conversación

pero ya no las escuchamos. En cambio, sí escuchamos, a través de los altavoces, la voz en off de Isabel.

VOZ EN OFF

DE ISABEL: Según estudios recientes, todas las especies de animales no perciben el mundo de la misma forma. Algunos insectos, por ejemplo, están dotados de ojos compuestos, constituidos por múltiples elementos equivalentes llamados omatidios, de manera que cada uno apunta en una dirección diferente y entre todos cubren un ángulo de visión más o menos amplio. La mayoría de vertebrados tiene los ojos colocados a ambos lados de la cabeza para evitar ser devorados mientras se alimentan. Los seres humanos, así como una lista nada despreciable de otros depredadores, somos los únicos seres vivos que tenemos la capacidad de ver de frente, hacia adelante... Éste, y nuestra capacidad de raciocinio, son quizá dos de los rasgos que nos

han permitido escalar y ubicarnos en los niveles más altos de la pirámide alimenticia. Así que mirar hacia adelante es un privilegio con el que nos ha dotado la naturaleza y sería sólo de imbéciles y necios desperdiciarlo.

FIN